

## Capítulo 570: Quiero una recompensa por esto

Virgilio entrecerró los ojos, casi impaciente.

"Vuelve a ser un mono, por favor. Estoy harto de ver esto."

Wukong hizo una pausa, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado, y la sonrisa en su rostro se amplió. Un brillo travieso iluminó sus ojos dorados.

"Um... no," dijo con una calma irritante. "Me gusta esa mirada. Creo que lo mantendré así, sólo para ver tu expresión de disgusto."

Virgilio pasó una mano por su cabello plateado, dejando escapar un profundo suspiro, como si necesitara tener paciencia para lidiar con semejante tontería.

"¿Realmente no tienes nada mejor que hacer?" preguntó con la voz seca.

Wukong dio unos pasos a su alrededor, lenta y deliberadamente, como una serpiente dando vueltas alrededor de su presa. Con cada movimiento, las joyas doradas tintineaban como un coro de campanas.

"¿No lo entiendes, muchacho?" "No me importa," dijo, casi ronroneando, con ese mismo tono burlón. "No me importa si soy hombre o mujer. Soy un mono. El género es sólo un... juguete."

Virgilio miró hacia el horizonte incandescente, tratando de ignorar la teatralidad.





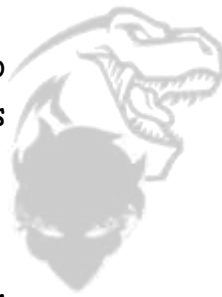
"Eres insoportable."

Wukong se rió a carcajadas y su risa resonó como un trueno en la cima de la montaña.

"Y te encanta," ella replicó, inclinándose más cerca, inclinando su rostro dorado cerca del de él, sólo para burlarse de él. "Admítelo, chico: en el fondo, me disfrutas."

Virgilio giró lentamente la cabeza, mirándolo de frente, con sus ojos azules parpadeando como cuchillas listas para cortar.

"Divertirse... no es la palabra correcta", respondió con una sonrisa fría. "Pero ver cuánto tiempo puedes jugar sin perder la cabeza... eso es entretenimiento."



La sonrisa de Wukong permaneció, pero había un destello de algo más en sus ojos: desafío, ira y, sin embargo, fascinación.

"Cuidado, muchacho", dijo, con la voz oscilando entre profunda y melódica. "El último que me provocó así acabó enterrado bajo cinco montañas durante quinientos años."

Virgilio no se inmutó. Simplemente inclinó la barbilla ligeramente hacia arriba y la fría sonrisa permaneció en su rostro.

"Entonces... queda por ver cuántas montañas necesitarás para contenerme."



El silencio cayó por un momento, espeso, eléctrico. Hasta que Wukong dio un paso atrás y se rió de nuevo, satisfecho.

"Realmente eres un bastardo, muchacho", dijo, todavía riéndose. "Creo que por eso disfruto tanto jugando contigo."

La risa de Wukong tardó un poco en desvanecerse y resonó en la cima de la montaña como si fuera parte del viento. Cuando finalmente se quedó en silencio, se reclinó en el aire, flotando nuevamente, como si el suelo no fuera digno de sus pies dorados.

La sonrisa seguía ahí, insolente, pero sus ojos ardían con una nueva intensidad.

"Entonces, muchacho..." dijo ella, cruzando los brazos e inclinando la cabeza. "¿Vas a jugar conmigo? ¿O vas a responder lo que quiero saber?"

Virgilio permaneció en silencio, con las manos todavía en los bolsillos y la mirada fija en ella con una calma irritante.

"¿Me vas a ayudar... o no?"

La pregunta sonaba directa, pero había algo detrás. No fue una petición ni una orden. Fue un desafío.

Virgilio arqueó una ceja, casi divertido.

"¿Es esa la razón principal por la que me llamaste aquí, vestida como una diosa barata?" Él replicó, con su veneno habitual. "¿Para pedir ayuda?"





La mirada de Wukong brilló y por un breve momento el aura dorada que la rodeaba tembló como fuego en el viento.

"No me confundas, muchacho", dijo ella, con un tono más serio. "No 'pregunto.' Yo mando. Yo soy Wukong, el Gran Sabio, Igual al Cielo."

Virgilio inclinó la cabeza hacia un lado y la estudió como si fuera una niña malcriada.

"Qué fastidio..." murmuró. "Lo que sea, ¿simplemente matar?"

"Qué fastidio..." murmuró, su voz era casi un susurro perezoso. "Lo que sea, ¿simplemente matar?"

Wukong se rió suavemente, como si la pregunta le hubiera divertido más de lo debido. La risa resonó como un trueno apagado, hasta que se desvaneció en un silencio incómodo.



"Así es," dijo con firmeza, dando paso su tono burlón a una rara seriedad. "Doar ucide. No quiero que Yama tenga posibilidades de ganar este torneo." Virgilio se inclinó ligeramente hacia delante, con la cabeza hacia un lado, como si estuviera examinando un insecto atrapado en un frasco.

"Yama, ¿eh?" repitió, saboreando el nombre. "El señor de los muertos. Bueno... si tuviera que apostar, diría que es uno de los pocos que realmente puede hacerte pasar un mal rato."

El ojo dorado de Wukong brillaba más y su aura se expandía como un sol a punto de devorar toda la montaña.



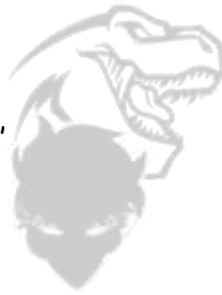
"Exactamente", respondió, con la voz resonando como múltiples truenos. "Y no es sólo él. Hay otros dioses, de otros panteones, que también envían a sus candidatos y apóstoles. Algunos son complicados... mucho más complicados que los simples guerreros." Wukong entrecerró sus ojos dorados y los fijó en Vergil. "Pero creo que deberías ganar este torneo."

Virgilio soltó una risa breve y seca, con un toque de burla.

"¿Me crees? Qué dulce," replicó, pasando una mano por su cabello plateado, alisándolo como si eso fuera más importante que la conversación. "¿Entonces el gran Wukong, el Mono Inmortal, está haciendo sus apuestas sobre mí?"

Wukong se inclinó hacia adelante, con su rostro dorado a centímetros del suyo y su sonrisa salvaje muy abierta.

"No me malinterpretes", dijo con voz profunda y llena de amenaza. "No 'creo' en ti. Sé que puedes. Lo que me intriga es si lo harás."



Virgilio mantuvo su mirada, inquebrantable, como si mirara fijamente al abismo mismo. Luego, lentamente, una sonrisa perezosa se extendió por sus labios.

"Entonces..." dijo Vergil, con un tono suave, casi un ronroneo. "Me trajiste aquí, hiciste todo este espectáculo dorado, sólo para decir que crees que debería ganar. Simplemente mata al candidato de Yama, lidia con algunos candidatos 'difíciles' y gana un torneo divino. Parece... fácil."

Wukong resopló e hinchó su pecho dorado, arqueando su cuerpo hacia adelante, como para dejar claro cuánto brillaba en esa forma provocativa.



"¡Hmph!" exclamó, con sus pechos dorados brillando como lunas. "Sólo tienes que hacer lo que te digo. Después de eso, haz lo que quieras."

Virgilio levantó lentamente la barbilla y una sonrisa perezosa y venenosa curvó sus labios. Sus ojos azules brillaban como espadas al sol.

"Ruyi Jingu Bang."

La frase cayó en el aire como un trueno.

Wukong parpadeó y su ceja dorada se arqueó por sorpresa.

"¿Hm?"

Virgilio mantuvo la mirada sin pestañear.

"Quiero que me des una copia." Tal como le diste a tu discípulo," dijo, con la calma de alguien que ya calculaba cada palabra. Su tono no era suplicante, era exigente. Una puerta abierta a la codicia.

Wukong permaneció en silencio por unos momentos, simplemente mirándolo. Pero Vergil sabía que la idea no era absurda.

Había estado reflexionando sobre esto durante algún tiempo. Yamato, su espada, era una extensión de su alma. Potente, preciso, incomparable... pero también arriesgado. Cuanto más lo usaba contra entidades divinas, más peligrosa se volvía la carga. Cada fisura, cada impacto, podría resonar directamente en su alma.





E incluso su arma definitiva, Excalibur —la forma desenfrenada de Yamato—, no eliminó ese riesgo. Si algo sucediera, no sería sólo la espada la que se rompería. Sería él.

Un bastón como el de Wukong, un arma divina independiente de su esencia, podría cambiarlo todo. Una carta de triunfo. Un escudo. Una salvaguardia contra lo inevitable.

Wukong finalmente sonrió.

"¿Hm? ¿Entonces eso es todo? ¿Eso es todo?" preguntó, inclinando la cabeza como un niño al que se burlan. "¿Me estás pidiendo mi tesoro?"

Virgilio simplemente arqueó una ceja y su sonrisa se ensanchó.

"Los tesoros existen para ser robados. O copiado."

Wukong se rió a carcajadas, su risa resonó como un trueno que sacudió la cima de la montaña.

"Eres realmente un desgraciado, muchacho", dijo entre risas, llevándose la mano a la cara.

Y luego, sin dudar, arrancó un mechón de pelo dorado. Voló libre como un rayo de sol, brillando en el aire.

Wukong respiró sobre él, canalizando su energía. El cabello comenzó a expandirse, a arremolinarse, moldeándose en espirales de puro poder. Todo el cielo parecía temblar con el peso de la magia.







Apareció un bastón.

Primero translúcido como el cristal, luego sólido como el hierro celestial, hasta que finalmente tomó forma: negro como el vacío, con detalles dorados en llamas que recorrían su superficie. La energía que emanaba de él era salvaje, feroz, viva.

Virgilio extendió su mano lentamente, con los ojos fijos en la creación.

"Hm..." salió con una media sonrisa. "Parece decente."

Wukong hizo girar el bastón en el aire con irritante facilidad, haciendo que toda la montaña vibrara con el movimiento. Luego se lo entregó a Virgilio con un gesto descuidado.

"No te dejes engañar, mocoso", dijo, con la voz llena de autoridad una vez más. "Esto es sólo una copia. Nunca tendrá la fuerza mía. Pero... para alguien como tú, debería ser suficiente."



Vergil sostuvo el bastón en una mano, probando su peso. Un suave crujido resonó cuando el arma se sintonizó con su energía. Él sonrió satisfecho.

"No necesito tu fuerza, mono." "No lo soy," dijo, haciendo girar el bastón en el aire de forma natural, como si ya fuera parte de él. "Solo la oportunidad."

Wukong le devolvió la sonrisa, sus ojos dorados brillaban de diversión y desafío.

"Entonces no lo desperdicies", dijo cruzando los brazos. "Este juguete pronto beberá la sangre de los dioses."



Virgilio inclinó la cabeza y su sonrisa aún más aguda.

"Eso es exactamente lo que planeo."

